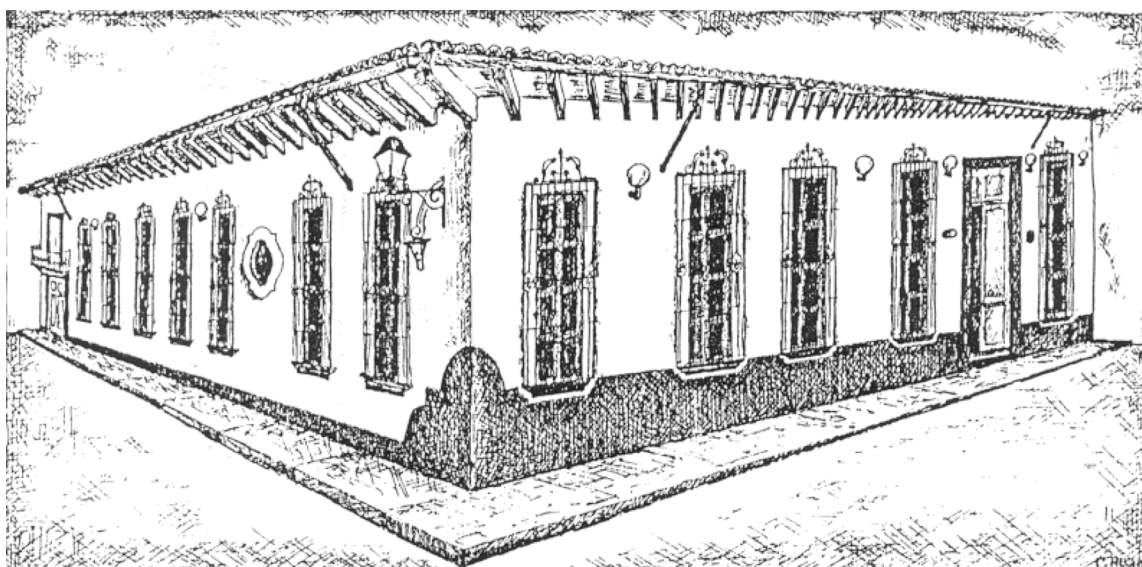


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



28

Nacionalismo, Identidad y Psicoanálisis

JUAN CAPETILLO HERNÁNDEZ

Xalapa, Veracruz ● Septiembre 2007

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: Martín Aguilar Sánchez

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Rosío Córdova Plaza

Pedro Jiménez Lara

David Skeritt Gardner

CUADERNO DE TRABAJO N° 28

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Cuidado de la edición: Hassibe Hernández Vega

Dante Espinosa Villaroel

Nacionalismo, Identidad y Psicoanálisis

JUAN CAPETILLO HERNÁNDEZ

Cuadernos de trabajo

Instituto de investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Nacionalismo, Identidad y Psicoanálisis

Juan Capetillo Hernández¹

Uno de los temas con significativo peso específico dentro del campo de los estudios regionales es: el nacionalismo, como por lo demás, no podría ser de otra manera. La atención al vínculo con la realidad de las naciones y del nacionalismo es ineludible en la investigación regional. Las regiones se ubican o sitúan en contextos nacionales y cuando hablamos de regiones que abarcan más de una nación, no dejan de estar éstas como punto de referencia.

Como uno de los resortes al impulso reciente al trabajo investigativo con las regiones, encontramos la constatación de haber sido descuidadas por privilegiar la perspectiva nacional.² Asimismo este interés reciente por el estudio de los fenómenos regionales, ha coincidido, de alguna manera, con el cuestionamiento y viabilidad del Estado Nacional en algunos países.³

El lazo existente entre región y nación no impide que puedan abordarse independientemente. Ciertamente su proximidad como objetos de estudio y su relativa similitud, conducen a que conceptos producidos en relación a uno de los dos, pueda ser llevado al otro y viceversa, como es el caso del concepto de identidad, clave tanto para la región como para la nación. Sin embargo, esta cercanía no es obstáculo para su abordaje separado.

¹ Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad Veracruzana, Dr. Luis Castelazo s/n, Col Industrial Animas, CP 91190, Km. 3.5, Carretera Federal Xalapa-Veracruz, Tel. 2288418900 Ext. 5, fax. 2288418914, jcapetillo@uv.mx

² Reclamo activo de los regionalistas que se podría relativizar con un comentario de Hobsbawm, uno de los teóricos del nacionalismo, quien afirma que es desproporcional a la importancia de éste la poca reflexión que se le ha dedicado. Citado por Gellner, E. (1991), *Naciones y nacionalismo*, México Ed. Patria, , p. 162.

³ González, J. (1989), Premisas socioculturales y políticas en la conformación y evolución histórica de las regiones tradicionales de América Latina, *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, t. 10, p. 1.

Así, la investigación regional puede conectar y conectarse con temáticas disímiles a las de los estudios de la nación y el nacionalismo, ocurriendo lo mismo con estos últimos respecto a los primeros. Esta situación se reflejará en el presente trabajo. Si bien tiene como punto de partida la perspectiva regionalista se despegará de ésta para centrar su interés en el nacionalismo y otras conexiones, como pueden ser, por ejemplo, las que habría con el cosmopolitismo y el internacionalismo.

El presente ensayo parte de la evidencia de un debate internacional sobre la nación y el nacionalismo. En éste han participado y participan prácticamente todas las disciplinas sociales y humanísticas destacándose un papel protagónico de la Historia, la Filosofía, la Geografía, la Sociología, la Antropología, la Economía y, ligeramente la Psicología, y aún más brevemente, el Psicoanálisis, lo que podría resultar una paradoja, como trataremos de ilustrar un poco más adelante.

Varios puntos abarca esta discusión sobre el nacionalismo: La polémica misma por la definición de los términos básicos como nación y nacionalismo, la contribución de las regiones al armado de la nación, el desprestigio histórico del nacionalismo, la relación de éste con la situación de mundialización de la economía y globalización de la cultura, etc., son algunos de los aspectos que comprende esta deliberación sobre el nacionalismo en la que intervienen distintas interpretaciones. A lo largo del escrito intentaremos delinear con cierto detalle algunos de estos elementos característicos del debate mencionado; por ahora, nos interesa introducir el objeto específico de nuestro interés.

Se trata de preguntarnos por las posibilidades que tiene el psicoanálisis de intervenir en este debate. En esta reflexión y confrontación de ideas sobre la nación y particularmente sobre el nacionalismo, ¿Cómo puede contribuir el psicoanálisis? ¿Qué preguntas o qué respuestas pueden formularse desde una mira psicoanalítica en la temática del nacionalismo? Partimos de la suposición, a demostrar, que una de las vías de inserción es, justamente, la identidad.

De manera indiscutible, este concepto tiene una preponderancia, explícita o implícita, en la mayoría de las investigaciones sobre el nacionalismo. Para ser esclarecido y explicado debe recurrirse forzosamente al fenómeno de la identificación, el que ha sido abordado por la

teoría psicoanalítica, dado que le pertenece debido al papel central que ocupa en su campo: el campo del sujeto.

Prácticamente desde los inicios del psicoanálisis aparece la impronta del fenómeno psíquico de la identificación obligando a Freud a reflexionar sobre él y a formular una teoría al respecto. Este fenómeno, como veremos, es el que más estrechamente vincula al psicoanálisis con lo social.⁴ En el caso de la identidad, cara al nacionalismo, aparece nada menos que alimentándola.

Nos parece que con el recurso de la teoría psicoanalítica de la identificación se podría responder específicamente a cómo ocurren ciertos procesos formulados en términos generales por las ciencias sociales y humanísticas, como sería el caso, por ejemplo, de la adopción de una determinada identidad social, sea esta regional o nacional. Esta sería una de las maneras (no la única) por medio de la cual el psicoanálisis podría incidir en el debate sobre el nacionalismo. Desde luego que no pretenderíamos, en el marco de este trabajo, agotar las posibilidades de inserción. Mencionaríamos solamente que por la misma vía de la identidad el psicoanálisis podría, también, arrojar una corrosiva crítica a los excesos de la ideología nacionalista, derivados del inseparable par identidad-segregación.

En la segunda parte del artículo, siguiendo a esta introducción, presentaremos algunos de los componentes de la investigación sobre el nacionalismo dirigiendo nuestra atención de manera especial, al de la identidad, para ligarlo con un tercer y último momento del trabajo, en el cual, bajo el subtítulo: “Identidad y Psicoanálisis” comentaremos algunas ideas propias de la teoría psicoanalítica de la identificación, en su relación con la identidad y lo que se podría considerar un debate alrededor de ésta. Cerraremos el texto con esta tercera parte en la que nos situaremos alrededor de uno u otro de los puntos polémicos de esta controversia sobre la identidad, como un intento de fijar una posición, la cual, pensamos, es difícilmente eludible cuando se trata de la investigación social.

⁴ Morales, H. (1992), Lo social en Lacan, en *Anamorfosis I*, México, p.86

Debate sobre el nacionalismo

¿Qué debemos entender por nación y por nacionalismo? Es la pregunta que surge necesariamente como punto de arranque. Con su concepción de estas nociones, Otto Bauer, uno de los principales teóricos sobre el nacionalismo, nos introduce directamente al tema de nuestro interés. Nos detendremos un poco en este autor por tres razones: a) Por considerar que sus aportaciones son fundamentales, lo que podría hacerlo un clásico en el tema; b) Por concordar con muchas de sus conclusiones y c) Porque la exposición de sus conceptos nos permitirá ir introduciendo algunas ideas psicoanalíticas.

Para resolver el problema del nacionalismo, nos dice Bauer, debemos entender la esencia de la nación y para llegar a ésta, debemos, indefectiblemente, resolver el interrogante que nos significa el carácter nacional.⁵ No es ni la común ascendencia de un grupo humano, ni la comunidad de lengua que los caracterice, ni, aún, la conciencia de copertenencia al grupo, lo que nos dará la clave de la nación, sino el carácter nacional.

De entrada y provisionalmente, destacamos a partir de esta aseveración metodológica de Bauer, la importancia de nuestro tema de estudio si partimos de que "carácter" es un término eminentemente psicológico y que guarda un nexo muy estrecho con el de identidad.

Por carácter nacional Bauer entiende un conjunto de connotaciones físicas y espirituales que comparte un determinado grupo en una determinada época y región y que lo distingue de otros grupos. Bauer enfatiza el uso descriptivo que hace del concepto y nos alerta contra dos utilizaciones acríticas del mismo que pretenderían: a) explicar las acciones de una nación por el carácter nacional y b) explicar las acciones de un individuo de una nación por referencia al carácter nacional.

Combate a una aproximación espiritualista que concibe el carácter nacional como el "espíritu del pueblo", equivalente a un alma inmutable y presente como una esencia en todos los tiempos de la vida de una nación; consecuentemente con esta crítica postula el estatuto perentorio y modificable del carácter nacional. Critica también -aunque no tiene herramientas para desligarse de ella y termina adoptando algunos de sus supuestos- a una concepción

⁵ Bauer, O. (1963), *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI ed., p. 24

materialista biólogo del carácter nacional que lo explicaría a partir de la transmisión hereditaria en el plasma germinal, concepto de una teoría genética en boga a finales del siglo XIX, la de Weismann.⁶

Así Bauer arriba a una primera delimitación del concepto de nación a partir del término kantiano de comunidad; la nación sería una comunidad de carácter... relativa -agrega- dado que la homogeneidad en la acción de un grupo de connacionales es peculiar y difiere de cualquier otra y es relativa también, no absoluta, dado que concibe la posibilidad de accionar diferente de los individuos, respecto a esa forma de actuar en común. No es por otro lado una comunidad natural, sino cultural.

Este es un punto central en las elucubraciones de Bauer sobre la nación ya que le llevará al núcleo de su definición de ésta. La naturaleza cultural de la comunidad de carácter que constituye la nación conduce a la postulación de éste como eminentemente histórico, producido por la historia. La historia adquiere un papel preponderante en la conformación del carácter nacional, aunque Bauer admite la posibilidad de la transmisión biológica, hereditaria de elementos del carácter. De este modo, Bauer amplía la idea que tiene de la nación postulándola con su ya famosa frase de una comunidad de destino; relativa, por supuesto.

A pesar de que para Bauer el carácter nacional es una entidad eminentemente cultural y que la transmisión genética (lo biológico del carácter) ocupa una menor proporción, no deja de hacer concesiones a esta idea del carácter. Es curioso observar que no le sirve de mucho en su reflexión sobre la nación, pero que, sin embargo, hace que le acompañe en cierto trecho de su recorrido como si no pudiera desprenderse de ella. Esto probablemente sea debido tanto a su obligación con el materialismo, dada su formación marxista, como a una un tanto anacrónica influencia de uno de los postulados científicos prevalecientes en el siglo XIX, conocido como el pacto físico-químico que sostenía la reducción a sustancias físico-químicas de todos los fenómenos investigados por las ciencias.⁷

Puede ser también que esta retención del origen biológico de rasgos del carácter nacional en Bauer sea un producto de la tensión existente entre las concepciones esencialistas

⁶ Bauer, O. (1963), p. 32

⁷ Assouns, P.L. (1981), Introducción a la epistemología freudiana. Madrid, Ed. Paidós, pp. 48-50

("espíritu del pueblo") y su propia concepción histórica, materialista del mismo. Esta última lleva a subrayar el estatuto perentorio y sustituible del carácter nacional, mientras que la primera invita a pensar en algo que tiene permanencia y que sería peculiar a cada nación. Evidentemente la posibilidad -que no resiste ante el menor análisis riguroso- de una esencia inmutable como sustrato del carácter, no satisface ni siquiera mínimamente a Bauer quien, sin descartar su rechazo a este esencialismo, no deja de constatar la presencia de algo que conecta a los antepasados de una nación con el colectivo actual y, ante la falta de opciones, remite la explicación de esto a la ya comentada herencia biológica de rasgos del carácter. ¿Es la única opción que podría resolver esta tensión?

Creemos que esta misma tensión es la que anima parte de un debate contemporáneo generado en torno al concepto de identidad y que ha producido dos posiciones fundamentales: la que apunta a la existencia de un núcleo duro, inmodificable de la identidad, a la que podría llamársele "esencialista" y aquella otra que más bien pensaría la identidad a partir de un núcleo vacío, llenable en el tiempo por representaciones de soldadura muy frágil y metonímicamente infinitas, a la que podríamos denominar "constructivista". La cercanía que existe en nociones como carácter e identidad, da actualidad al conflicto presente en la construcción baueriana (la cual en ningún momento utiliza la identidad como noción) en el contexto de este debate moderno sobre la identidad. Para el interés de este trabajo, retomaremos algunos fragmentos de esta discusión en un momento posterior.

La definición dada por Bauer de la nación como una comunidad de carácter, relativa e históricamente producida como comunidad de destino, nos hace posible introducir, desde el psicoanálisis, un punto de discusión. En principio partamos del supuesto fundamental economicista de Bauer de que lo que se conforma por la historia y que se va transmitiendo a las posteriores generaciones por medios tanto biológicos como culturales, es la particular forma de resolver la lucha por la existencia. La muy singular manera en que enfrente un grupo humano la batalla por la subsistencia, determinará su carácter, el cual se irá heredando a las generaciones subsiguientes. Dos preguntas pueden formularse a partir de esto: ¿Sólo la lucha por la subsistencia es forjadora del carácter? y ¿Cómo entender la lucha por la subsistencia, con qué amplitud?

Podemos proseguir hilando a partir de estas preguntas pero antes es pertinente dejar sentado que Bauer procede metodológicamente, aunque de manera no muy explícita, a partir de una confrontación de lo individual con lo grupal; cita abiertamente el recurso a cierta psicología de la cual no da nombre ni apellido, pero que para nosotros lo importante reside en esa relevancia dada por este autor fundamental a un acercamiento psicológico de la temática del nacionalismo. Nos parece que hace una utilización correcta de este recurso en tanto ni disuelve el carácter individual en el grupal, ni piensa éste como la mera conjunción de los caracteres individuales, así como por otras conclusiones como la de la no exterioridad de la nación al individuo. Sin embargo, quizás un enfoque psicoanalítico, del que carece, podría potencializar sus análisis.

Sin reducir el valor de teorías que colocarían a la lucha por la subsistencia como motor de la historia y particularmente aquella que explica la constitución del carácter nacional como precipitado histórico del estilo de un grupo de afrontar este combate por la sobrevivencia, podemos preguntarnos, desde el psicoanálisis, por otro orden de legados generacionales, para los cuáles, incluso, no es necesario recurrir a la biología como medio de transmisión. Hablamos de legados simbólicos y de transmisión simbólica operada por el medio del lenguaje.

A partir de la concepción freudiana de la cultura como modo de organización colectiva de expiación del asesinato del padre originario,⁸ podríamos pensar en la herencia de una deuda, la deuda con el padre que está en el fundamento de la cultura, desde la perspectiva de Freud. Deuda destinada a fracasar ya que el mito freudiano del asesinato del padre es metáfora de la violencia constitutiva de lo Simbólico sobre lo Real, que instaure una falta en el orden de lo representable, que prefigura un innombrable. Justamente este fracaso es lo que obliga a pasar la deuda a la siguiente generación para ver si ésta puede con ella. Sin embargo se trata de una deuda impagable y no por carencia de recursos, sino porque es estructural, es constitutiva del orden simbólico; en el lugar de ese agujero es donde se coloca la figura del padre primordial, como significando la plena potencia, el goce absoluto; colocación que supone la existencia de un tiempo primordial.

⁸ Gerber, D. (2005), El psicoanálisis en el malestar en la Cultura, Buenos Aires, Ed. Lazos, p.16

De acuerdo con su mito, para Freud, el origen de la civilización puede "fecharse" míticamente con el crimen del padre de la horda primitiva, instrumentado por los hijos-hermanos quienes, por el odio generado a causa de la prohibición paterna de acceso a las hembras del grupo, atentan contra él ocasionando su muerte, lo que trae como consecuencia, en una aparente paradoja, la conversión en Ley, que regula el pacto de los hermanos, de lo que el Padre prohibía en vida. La explicación de esta aporía, según Freud, reside en la aparición del sentimiento de culpa posterior al asesinato⁹. Lo que se busca con la Ley es borrar el crimen, expiar la culpa por el acto y, simultáneamente, reprimir la tentativa de recuperar el goce perdido que simbolizaba la existencia de ese padre primordial para el que no había límites. Intento fallido de recuperación de un goce perdido y cuya pérdida, irremediable, está en la base de la cultura.

En este sentido la organización y producción de la cultura responde a la nostalgia por el Padre, al imperativo de recuperación de un goce encarnado en la figura del Padre y localizado en un tiempo primordial, fuera de todo tiempo, estado anterior que se busca reconstruir. Lo que localizamos como la esencia de la Ley es la negativa de la muerte del Padre, por lo insoportable que esta resulta. Así, las diferentes culturas se conformarán a partir de esta represión de la muerte del Padre que el psicoanálisis devela como acto inaugural.

La exposición de este fragmento de teoría psicoanalítica quiere arribar en principio al señalamiento de Freud de que las instituciones sociales sólo pueden llegar a constituirse en la medida en que un objeto es colocado en el lugar vacante del Padre, el lugar del Ideal. Este planteamiento aparece como fundamento de la explicación de la psicología de los grupos y de las masas desarrolladas por Freud en términos de que los integrantes de un grupo se identifican entre sí pues han colocado en el lugar de su Ideal del Yo a un mismo objeto¹⁰, circunstancia que los conduce a una posición de servidumbre consentida hacia eso que han colocado en el lugar de su Ideal y que se convierte en Amo para ellos. Estas ideas, ancladas indisolublemente a la clínica psicoanalítica, pueden comprenderse, también, como parte de la

⁹ Freud, S. (1976[1912]), Totem y Tabú en *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, p. 145.

¹⁰ Freud, S. (1976[1920]), Psicología de las masas y análisis del yo, en *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, pp. 109-110.

reflexión política de Freud que se dirige al develamiento de los mecanismos inconscientes que posibilitan el poder, es decir, el origen del dominio social y de las leyes de sumisión.

Retomando el hilo de nuestra exposición sobre el nacionalismo a partir de lo avanzado por Bauer sobre el carácter nacional, lo anterior nos permitiría pensar en la transmisión de maneras muy particulares de vérselas con la deuda simbólica heredada de las generaciones anteriores, con las formas muy específicas, míticas en que los grupos humanos que desembocaron en la constitución de las naciones, narran sus orígenes. Esta perspectiva coincide, desde luego, con la provisionalidad e intención política de los mitos nacionales constitutivos, ante los cuáles procede la denuncia de sus tendencias de sometimiento. Pero nos permite, además, concebir una línea para abordar algo relativo a lo consistente, a lo duro de un núcleo identitario, quizás como una manera muy singular de tratar con la emergencia de un real innombrable. Retomaremos un poco más adelante este planteamiento, por considerarlo relevante para nuestro propósito.

La digresión que llevó a la inclusión de estas reflexiones psicoanalíticas, partió de una cierta crítica al recurso biológico de Bauer. Convendría, en la medida de las posibilidades, dejar zanjada la cuestión.

Ante la afirmación de Bauer de que la herencia biológica es uno de los medios de transmisión del carácter nacional, constituido a partir de la manera cómo se resuelve la búsqueda de la conservación de la vida, se podría preguntar ¿Hasta dónde se reduce la transmisión hereditaria biológica? ¿Hasta la determinación del tipo físico (color, estatura, complexión, etc.)? Las cualidades desarrolladas en la lucha por la supervivencia ¿No se transmiten más bien como representaciones culturales, inscritas en el campo de la cultura?

Nos parece, definitivamente, que la genética determina el equipamiento biológico en términos generales; el tipo físico integrado por diversas características como el color, tamaño, constitución corporal, etc., lo que conduce, indiscutiblemente, a una distinta forma de responder ante las circunstancias, a las de la lucha por la supervivencia (causas eficientes, según Bauer, para la determinación del carácter), y a las de la deuda simbólica heredada, que hemos situado líneas arriba. Sin embargo, esta forma de posicionarse determinada por el equipamiento biológico, se traducirá en representaciones imaginarias y simbólicas, es decir,

culturales, que se transmitirán, ciertamente como expone Bauer, por medio del lenguaje, de boca a boca.

Refiriéndose a la comunidad nacional, Edgar Moran –en un comentario que puede ser un tanto conclusivo con respecto a este punto– nos dice: "La comunidad es de carácter cultural/histórico. Es cultural por los valores, costumbres, ritos, normas, creencias comunes; es histórica por los avatares y pruebas soportadas en el curso del tiempo. Es, según la expresión de Otto Bauer, una comunidad de destino..... Este destino común es memorizado, transmitido de generación en generación, por la familia, los cantos, las músicas, las danzas, las poesías, los libros, y, a continuación, por la escuela, que integra el pasado nacional, los martirios y hazañas de sus héroes. Así, identificarse con el pasado hace presente la comunidad de destino"¹¹

A estas alturas del desarrollo de las ciencias sociales es posible prescindir del recurso a una ciencia natural como la biología para llenar los huecos que no podía cubrir una teorización social aún insuficiente; no se trataría, por supuesto, de negar la perspectiva biológica en este campo particular de estudios como es el del nacionalismo y particularmente en lo que tiene que ver con el asunto del carácter y de la identidad, pero sí de delimitar sus alcances en aras, desde luego, de una mejor comprensión.

De las dos preguntas con las que se abre este segundo apartado del escrito, relativas a la nación y el nacionalismo, aunque es imposible separarlas, estrictamente sólo hemos abordado y, a partir de Bauer, la que tiene que ver con la nación. La definición de nación dada por Bauer podría criticarse dada la extensión que le confiere este autor. Bauer extiende su concepto llamando naciones a organizaciones sociales anteriores a la era industrial, a diferencia como lo hace Gellner, quien considera que, estrictamente sólo pueden denominarse naciones a aquellas organizaciones colectivas surgidas a partir de la era industrial.¹² De este modo el nacionalismo, definido por Gellner como un principio político, sería privativo de la era moderna. Una de las formas concretas del principio político nacionalista es la intolerancia de los miembros de un estado nacional a ser gobernados por individuos no pertenecientes al

¹¹ Morin, E. (1993), *El Estado-Nación* en Delano, G - Taguieff, P. A. *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ed. Paidós, pp 454-455.

¹² Gellner, E. (1991), pp17-18

grupo distinguido como nacional; es decir, que los extranjeros no aparezcan como detentadores del poder.

De acuerdo con este autor las organizaciones sociales características de la edad agraria, anterior a la industrialización, aunque tuvieran Estado y comprendieran territorios amplios, no configuraban lo que denominamos una nación, en tanto que no unían cultura política y estado, características esenciales, según Gellner, de la definición de nación.

El nacionalismo como principio político, como ideología, suele sustentarse en el mito de la consustancialidad de la nación a los seres humanos, como si la nación formara parte de la naturaleza de los hombres, como si no se tratara de lo que es: una entidad de carácter contingente.

Las naciones, de acuerdo con Gellner son constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres. Se trata de un reconocimiento del prójimo como individuo de su clase, lo que los convierte en nación, movimiento que supone una exclusión de otros que no formarían parte de la misma clase. Tenemos aquí la presencia actuante en la conformación de la nación del par identidad/segregación; par que, siendo estrictos, se trataría de un mismo fenómeno pero con dos caras. Una cara luminosa, positiva, la de la identificación con otros iguales, que propicia sentimientos de solidaridad, de cercanía, de pertenencia, es decir, sentimientos que unifican, que hacen lazo social y una cara oscura, la de la segregación, la de la disolución de unidades, la del odio que lleva y ha llevado a infamias universales asociadas con una exacerbación del nacionalismo, como ocurrió con el nazismo.

Las naciones y el nacionalismo acompañante como entidades propias de la época de la industrialización, pueden tomar como punto de referencia para situar su origen el Estado moderno surgido como producto de la Revolución Francesa y que incorpora los ideales de la democracia, de los derechos humanos y de la libertad individual. La nación supone una centralización de la cultura y el conocimiento a partir de una sociedad alfabetizada y con una escritura permanente y normalizada.

A diferencia de las sociedades agrarias que suponían diferentes grupos homogéneos al interior pero heterogéneos entre sí, tolerando esta diferenciación, las sociedades nacionales aspiran a una homogeneidad interna y, con relación a las otras naciones, a la autonomía

externa. En la nación es fundamental el ideal de una identidad esencial y cultural única, que soporte la fusión de un estado con una cultura única. La homogeneidad cultural, que es uno de los fenómenos esenciales de la sociedad industrial, se convierte en una exigencia para el nacionalismo.

De este modo tenemos como rasgos clave del nacionalismo a la homogeneidad, la alfabetización, la anonimidad, la movilidad de los ciudadanos, la igualdad (desde luego teórica), la existencia de una educación estandarizada, que se convierte en el principal medio de transmisión y conformación de las identidades.¹³ Todo esto prefigura una relación específica entre estado y cultura moderna que es característica del nacionalismo; se trata de algo nuevo que surge irremediabilmente de las exigencias de una economía moderna.

Así, el nacionalismo, consecuencia de la organización social industrial, no pudo haber surgido antes, de acuerdo con el modelo desarrollado por Ernest Gellner. Si bien la nación no es una forma natural dada por Dios como destino de los humanos y tiene un carácter contingente, no es contingente a nuestra condición actual, está profundamente arraigada a ella. La gran -pero válida- paradoja de las naciones, según Gellner, es que sólo pueden definirse atendiendo al nacionalismo¹⁴ y éste, como fenómeno -no como doctrina- es inherente a cierto conjunto de condiciones sociales, que son, casualmente las de nuestro tiempo, es decir las de la sociedad industrial, capitalista.

Un tanto inadvertidamente hemos presentado dos vías por las que puede abordarse el nacionalismo: como fenómeno y como ideología política. Como fenómeno aparece en una relación causal de obligatoriedad para con las condiciones del mundo industrial, puede describirse, poniendo cierta distancia subjetiva, a partir de sus características básicas. Como ideología, su análisis, inevitablemente lleva a la reducción de la asepsia subjetiva e invita al posicionamiento.

¹³ Gellner, E. (1991), pp 59-75

¹⁴ Gellner, E. (1991), p. 79

Una constatación de la que habría que partir para continuar la exposición, es la de la realidad mundial del nacionalismo o de lo que Morin llama el Estado-nación, de esencia doble en dos sentidos: como sociedad/comunidad, por un lado, y masculino/femenina, por el otro.¹⁵

Coincidiendo en buena medida con el modelo de Gellner, aunque sin explicitarlo, Habermas desarrolla un artículo en el que aborda la problemática del nacionalismo en relación estrecha con la identidad, que es considerado por los habermasianos como un texto fundamental para los debates sobre el nacionalismo y la identidad, me refiero al texto: "Conciencia histórica e identidad post-tradicional", aparecido como capítulo del libro: "Identidades nacionales y postnacionales".¹⁶

Si bien, como señalábamos en el párrafo anterior, suscribiría muchas de las conclusiones de Gellner, su reflexión aporta nuevos elementos a la discusión y también abona sobre el tema específico de este ensayo: la incidencia del psicoanálisis en el debate sobre el nacionalismo. Algunos de los puntos destacables del análisis de Habermas, son los siguientes:

- a) El papel de cierto tipo de historiografía como medio a una nación en el proceso de devenir consciente su identidad; en el momento del surgimiento de los nacionalismos y dado el nivel de desarrollo de las ciencias humanas fue posible que la historia jugara ese rol de ensalzar, en un movimiento simultáneo de ocultamiento, los elementos positivos de la promoción de identidades únicas que servían a los propósitos de producir unidad política en torno a un proyecto nacional enarbolado por las burguesías gobernantes.

En el caso de Hispanoamérica, este planteamiento se confirma muy claramente con los ejemplos de la historiografía de los siglos XVIII Y XIX. En el primero de estos, la llamada por Sergio Guerra: "Historiografía Protonacional Hispanoamericana"¹⁷, hecha por criollos "ilustrados", refleja en sus obras la embrionaria conciencia hispanoamericana, la conciencia protonacional hispanoamericana que es la

¹⁵ Morin, E. (1993), p. 455.

¹⁶ Habermas, J. (1993), Conciencia histórica e identidad post-tradicional en *Identidades nacionales y postnacionales*, México, Ed. Tecnos.

¹⁷ Guerra, S. (2002) Conferencias sobre la Historiografía Latinoamericana, Doctorado en Historia y Estudios regionales, Universidad Veracruzana, Xalapa.

conciencia de los próceres de la Independencia. Para el siguiente siglo mencionaremos como ejemplo a una de las corrientes historiográficas del XIX, llamada por Guerra: “Romántica”¹⁸. Influida por el romanticismo de la historiografía europea, surge con la intención de crearles una historia a los Estados Nacionales, ya constituidos para entonces; tiene el cometido específico de crear conciencia nacional. Ante el desprestigio histórico del nacionalismo y dado el creciente progreso de las ciencias sociales que subraya su compromiso con la verdad, es insostenible la prosecución de esta función.

- b) El nacionalismo como forma moderna de identidad colectiva viene a satisfacer la necesidad de nuevas identificaciones producto del estallamiento del antiguo régimen. Una de las características de las ideas fundadoras de identidad del nacionalismo es su independencia de la iglesia y de la religión.
- c) Coincidiendo con Gellner, Habermas destaca la homogeneidad cultural promovida por el nacionalismo y su ligazón con el estado y
- d) Un cuarto elemento subrayado por Habermas y que es capital para su interpretación; es el de la presencia de una tensión, en la conciencia nacional, entre dos elementos simultáneamente presentes y antagónicos: "...la tensión entre las orientaciones universalistas de valor del Estado de Derecho y la democracia, por un lado, y el particularismo de una nación que se delimita a sí misma frente al mundo externo, por otro".¹⁹

El nacionalismo aparece acompañado de las ideas universalistas de democracia e igualdad de los seres humanos más allá de las fronteras nacionales, en su seno está presente el ideal de las sociedades organizadas a partir del principio moral de los derechos humanos individuales; aunque, en una ambigüedad que le es característica, simultáneamente está habitado por el fundamento separatista dado por la identidad nacional. Esta tensión mantenida por un precario balance, se ha definido en un momento reciente de la historia mundial cargándose de un lado en el nacionalismo integral, el que, encarnado en figuras como Hitler o Mussolini, "...destruyó

¹⁸ Ibid

¹⁹ Habermas, J. (1993), p. 90

ese precario balance liberando por entero al egoísmo nacional de las ataduras a los orígenes universalistas del Estado constitucional democrático”.²⁰

Después de la experiencia del nazismo y particularmente de Auschwitz, se socavó irreversiblemente la confianza en el humanismo que alimentaba las mejores tradiciones promotoras de sentimientos de solidaridad entre los seres humanos, lo que ha llevado, según Habermas, a las sociedades postindustriales a la necesidad de inclinar la balanza hacia el otro polo de la ambigüedad en un intento de superar las identidades nacionales, promoviendo lo que él llama una identidad postnacional, fundada en el patriotismo de la constitución, que consiste en la promoción de identificaciones a las fórmulas abstractas de la democracia universalista y de los derechos humanos.

Habermas afirma que el nivel de integración que representa el Estado nacional ha perdido importancia hoy en todas partes y está amenazada permanentemente tanto por el carácter cada vez mundial de la economía como por el desarrollo armamentista, cuya capacidad destructiva impide el patriotismo de "morir por la patria", ya que esto puede significar que el empleo de las armas contra el país vecino se traduzca en la destrucción, también, del propio.

Ante esta afirmación de Habermas con indiscutible apoyo empírico y con relación a su noción de identidad postnacional como patriotismo de la constitución, (que por cierto no implica el abandono de la identidad nacional como plataforma de lanzamiento de esa nueva identidad) nos encontramos con el planteamiento de la tenaz resistencia del nacionalismo a su desaparición²¹. Según Renaut las ideas de nación y nacionalismo son testimonio de una obstinación paradójica; estas ideas parecen haber resistido tanto a la puesta en evidencia de su dimensión histórica, a pesar de los efectos más que perversos que acompañan su historia, como a los embates de las temáticas cosmopolitas e internacionalistas, teniendo como resultado la circunstancia de que actualmente ninguna nación consideraría seriamente la renuncia a los atributos que la definen como tal.

²⁰ Habermas, J. (1993), p. 92

²¹ Renaut, A. (1993), Lógicas de la nación en Delano, G - Taguieff, P. A. *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ed. Paidós, pp. 37-39

Si bien el nacionalismo constituye una evidencia histórica de no muy larga data (alrededor de unos 200 años) y si bien podría ser un tanto lejano y quizás un poco utópica la concreción de identidades postnacionales, sí es cierto que sufre embates por diferentes frentes que han llevado a que por alguno de sus costados esté "haciendo agua". En términos generales y sin ánimos exhaustivos podríamos aglutinar estas corrosiones al nacionalismo en cuatro conjuntos:

En primer lugar habría que colocar a los provenientes de la historia misma del nacionalismo y particularmente a aquellos acontecimientos que documentan la participación de los nacionalismos en la historia universal de la infamia. El caso más dramático, ya señalado en dos o tres ocasiones anteriores en el interior de este escrito, es el de la experiencia reciente del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán.

En un segundo puesto (sin que esta ordenación suponga jerarquía alguna) la tendencia contemporánea de una economía cada vez más mundial y de la globalización de la cultura. Tanto los efectos sociales de la apertura de las fronteras comerciales como la homogeneización cultural que abarca cada vez más áreas del globo terráqueo, son fenómenos que atentan contra una de las esencias del nacionalismo: la identidad colectiva asociada a fronteras políticas.

Un tercer elemento de menor influencia corrosiva contra el nacionalismo lo constituiría la tenaz resistencia de los sujetos a dejarse atrapar por una definición colectiva como lo sería una identidad nacional.

Y por último, un cuarto elemento de los que nos interesa resaltar, sería el correspondiente a la presencia y actuación de las regiones en el marco de una nación.

A pesar de la actuación de estos fenómenos que irían en una dirección antagónica al nacionalismo y a la identidad nacional, éste sigue con muy buena salud, evidenciando una fuerte oposición a diluirse y demostrando que su condición predomina en el mundo moderno. Como una prueba irrefutable de esto bastaría con observar las reacciones que suscitan competencias deportivas mundiales en las que participan diferentes naciones, como es el caso, privilegiado para lo que queremos señalar, del fútbol mundial.

Esta pertinaz negativa del nacionalismo a dejarse morir debe ser indudablemente tomada en cuenta en las investigaciones y o reflexiones sobre el nacionalismo y quizás conecte con elementos de ese núcleo duro que algunas interpretaciones han postulado respecto a la identidad. Puede remitir también a lo que René Zavaleta denomina el mito constitutivo de las naciones, que hace referencia a un tiempo más bien lógico que cronológico de articulación de los principales componentes fundacionales de una nación.²²

Pretender siquiera enumerar la cantidad de temas comprendidos en lo que hemos ubicado como el debate del nacionalismo, sería bastante desproporcional a los límites de este ensayo. Como lo señalamos al principio la razón de presentar con cierta extensión algunos aspectos de este debate es, aparte de la misma pasión que suscita, destacar el papel central que en toda esta temática juega el fenómeno de la identidad, una de las puertas de acceso del psicoanálisis para intervenir en la confrontación. Antes de entrar al apartado en el que presentaremos esta relación nacionalismo, identidad, psicoanálisis, que da título a nuestro artículo y de la cual hemos dejado ya algunas pistas, abandonaremos esta sección con algunas referencias breves a uno de los capítulos fundamentales del nacionalismo y con el cual iniciamos nuestro escrito: el de las regiones. Dada la vasta extensión de la relación región-nación; regionalismo-nacionalismo, nos contentaremos con enunciar algunos de los elementos de esta relación.

En primer lugar transpondríamos una definición de la región, más de corte ontológica, adelantada por el sociólogo polaco Stanislaw Ossowski y que nos parece que habla por sí sola de puntos de identidad y de diferenciación entre región y nación: para este sociólogo polaco, "...la región es un espacio correlacionado con la comunidad regional, concebida como comunidad territorial, consciente de su carácter distinto del de las regiones vecinas, sin considerarse a sí misma, una nación".²³

²² Zavaleta, R. (1983), Notas sobre la cuestión nacional en Bolivia, en Palacios, M. *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*. México, Ed. Col-Mex, pp 87-97.

²³ Citado por Lisocka, J. (1989), Aspectos de la identidad regional. El caso del Oriente cubano, en *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, t. 10, p. 75

Algunos de los problemas trabajados y a trabajar a partir de la relación región-nación serían:

- Circunstancias del pasaje del sentimiento regional al nacional.²⁴
- Razones por las que algunas regiones lograron constituirse en Estados nacionales y otras no.²⁵
- Presencia y fortaleza de un regionalismo acendrado en algunas regiones nacionales más que en otras, como podría ser el caso de porciones del norte de México.²⁶
- La cuestión regional como obstáculo en el camino de organización nacional²⁷
- Amenazas del nacionalismo a la identidad regional.
- Riesgos del regionalismo a la unidad nacional.
- Posibilidades de "cohabitación" entre las regiones y la nación.
- Formas bajo las cuales una región adopta e interpreta las influencias externas provenientes de otras regiones, de la nación y del extranjero.²⁸
- Condiciones de transformación de una dinámica regional en nacional y viceversa.²⁹
- ¿Qué tanto la conformación de los sentimientos nacionales impide o han impedido "...la permanencia de fuerzas, identidades e intereses regionales actualmente vigentes"?³⁰
- Identidades regionales que llegan a imponerse a nivel nacional y condiciones que llevan a esto.³¹

²⁴ González, J. (2002), Programa de estudios de la materia Teoría de los estudios regionales, Doctorado en Historia y Estudios regionales, Universidad Veracruzana, Xalapa, p. 2.

²⁵ González, J. (2002), p. 2

²⁶ González, J. (1989), p. 12

²⁷ Chiaramonte, J.C. (1983), La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino. Algunos problemas de interpretación. en Palacios, M. *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*. México. Ed. Col-Mex., p. 53

²⁸ González, J. (1989), p. 3

²⁹ González, J. (1989), p. 3

³⁰ González, J. (1989), p. 5

Para cerrar este apartado del artículo, me parece oportuna una cita de René Zavaleta que encierra en buena medida mucho del sentido de lo que hemos estado exponiendo. En relación a Latinoamérica, Zavaleta dice que "...aunque la cuestión nacional sea como universalidad una sola, cada país latinoamericano vive una parte de ella como su núcleo problemático." ¿Podemos llevar esta misma idea al interior de lo que ocurre en cada nación con sus regiones?³²

Identidad y psicoanálisis

La viabilidad de este apartado del texto está dada tanto por el peso de la noción de identidad en el tema del nacionalismo como por lo que el psicoanálisis puede decir sobre ésta. El primer aspecto resulta incuestionable como lo demuestra el recurso a la identidad para sus análisis de los diferentes autores revisados (Bauer, 1924, Gellner, 1988, Habermas, 1993, Morin, 1993, Zavaleta, 1983).

Inclusive una concepción más actual de la nación en términos de "comunidades imaginadas", no sólo no prescinde de la identidad, sino que es uno de sus fundamentos; su análisis apunta a la denuncia del carácter ficticio de las identidades colectivas y, podríamos agregar, de las individuales. Es importante destacar de esta aproximación, que no necesariamente riñe con las anteriores que hemos comentado, que si bien devela el carácter engañoso de las construcciones míticas que conforman la identidad o el carácter nacional, no por eso dejan de considerar que estos mitos ayudan a explicar el proceso de conformación de las identidades y cumplen un papel muy importante en la constitución de las naciones, por lo que no proponen su rechazo en aras de una verdad histórica "más objetiva".

Sobre el segundo aspecto comprendido en el párrafo inicial de este apartado: lo que puede plantear el psicoanálisis sobre la identidad, consideramos que puede abordarse por dos caminos que, evidentemente, se entrecruzan: a).- Por un lado por medio de las nociones psicoanalíticas cercanas al tópico puede aportarse una parte de la explicación del proceso de constitución de las identidades y b).- A partir del psicoanálisis, y nos parece que este segundo

³¹ González, J. (1989), p. 11

³² Zavaleta, R. (1983), p. 87.

punto es más esencial y distintivo de lo psicoanalítico, es posible formular una crítica radical al concepto de identidad y a sus diferentes usos políticos e ideológicos. Más que una exposición esquemática y separada de estos dos puntos, intentaremos una presentación en la que ambos se irán imbricando.

En primer término convendría distinguir entre identidad e identificación. Estrictamente el primero de estos dos no es un concepto psicoanalítico y aunque el fenómeno de la identificación sea el sostén o el productor de lo que entendemos por identidad, desde el psicoanálisis identificación e identidad no se recubren punto a punto.

La identificación es uno de los caminos principales para alcanzar una identidad. Ésta supone un sí mismo, una respuesta fija, invariable a las preguntas: ¿quién soy? y ¿cómo soy?; es decir, a las preguntas por el Ser. El psicoanálisis ha confirmado a partir de su experiencia clínica que hay un vacío en relación al Ser y que toda forma de identidad constituye un intento fallido por taponar ese hueco irremediable. El sujeto y las colectividades necesitan construirse una identidad para ser reconocidos por el otro como igual o diferente. La identificación es el medio por el cual un sujeto o una colectividad se atribuye una determinada identidad, la cual será invariablemente virtual, imposible o ciega.

Desde el psicoanálisis podemos pensar el fenómeno de la identificación que conduce a la identidad a partir de 3 registros, los formulados por Lacan como aquellos en los que se desenvuelve la experiencia psicoanalítica: Lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real, los que, correlativamente, otorgarían las categorías: virtual, imposible o ciega a todo tipo de identidad. A partir de lo Imaginario concebimos la identificación como la apropiación del sujeto de una imagen externa a él, procurada desde el Otro; en tanto imagen, es siempre virtual; en este registro se comprende todo lo relativo a la conformación del yo como instancia psíquica, proceso que se sostiene en la teorización de Freud³³ sobre el narcisismo y en la elaboración lacaniana del estadio del espejo³⁴

³³ Freud, S. (1976[1914]), Introducción del narcisismo, en *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, pp. 67-98

³⁴ Lacan, J. (1984[1936]), El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se revela en la experiencia psicoanalítica en *Escritos I*. México, Siglo XXI, pp 86-93.

Desde lo Simbólico, el sujeto psicoanalítico está representado por el significante y siempre para otro significante; dado que un significante no significa nada por sí mismo, sino a partir de la diferencia u oposición con otros, lo que produce su encadenamiento del que puede advenir un sentido, no hay posibilidad de que el sujeto se suelde a la identificación con un significante, so riesgo de locura.

En relación con el Real, se produce una identificación con lo que el sujeto rechaza de sí mismo. Este tipo de identificación es paradójicamente más consistente, fija, pero ciega, inalcanzable por la representación. Se trata de la identificación de lo que el sujeto ha expulsado de manera fundamental para poder constituirse: su objeto originario de deseo. Se trata, en otras palabras, de la identificación del sujeto con su síntoma como lo más íntimo, pero a la vez lo más inexpugnable.

Esta ubicación del fenómeno de la identificación en el paradigma lacaniano de los tres registros, nos parece una orientación metodológica fundamental para un acercamiento consistente al mismo y a partir de allí extender la reflexión hacia la identidad y su vínculo con fenómenos como el nacionalismo. Desarrollar este trabajo a profundidad rebasa las fronteras del presente ensayo y, por lo tanto, sólo se hará uso de algunos de los componentes de este modelo para desarrollar algunas ideas respecto al tema que nos ocupa. Los datos hasta ahora reunidos nos llevarán a dar un privilegio a la identificación entendida en términos imaginarios, cuya exposición de alguno de sus aspectos enseguida iniciamos.

Una premisa fundamental del psicoanálisis es la consustancialidad entre inconsciente y sexualidad, el inconsciente no es otra cosa que sexual. La primera expresión de la pulsión sexual es autoerótica, la pulsión se satisface en el cuerpo propio pero tomado parcialmente, no como unidad; es esta la esencia de la primera fase de la pulsión llamada por Freud de autoerotismo: son partes del cuerpo inconexas entre sí las que el sujeto toma para la satisfacción de la pulsión sexual. Fase distinta a la del narcisismo en la que, de igual manera, es el propio cuerpo el objeto en el que se satisface la pulsión, pero a diferencia de la primera fase, acá ya es tomado unitariamente. En la fase narcisista de la pulsión el niño puede concebirse como formando una unidad. En este momento del desarrollo ya podemos hablar de la presencia de un yo, que no es dato de principio, sino producto de la historia y que aparece, esencialmente, como imagen del cuerpo propio.

El paso de una fase a otra debe entrañar un fenómeno psíquico, nos dice Freud en ese momento intermedio de su obra en 1914, cuando descubre el narcisismo como fase universal de desarrollo de la libido.³⁵ Fenómeno que, por otro lado, no es formulado por Freud, dejando un hueco sustancial en su teorización que vendrá a ser llenado por Lacan con su propuesta del estadio del espejo como conformador del yo.

De acuerdo con Lacan, el niño entre los 6 y los 18 meses, descubre su imagen en el espejo y se enamora de ella, queda atrapado por la fascinación que le produce. Este hecho fundamental, que distingue al cachorro humano de cualquier animal, incluso de sus parientes más cercanos, está fundado justamente en una identificación. Antes de este momento el niño se percibe a sí mismo como armado por partes inconexas entre sí, cuando ve su imagen en el espejo, ésta le proporciona una perspectiva de unidad y por eso la hace suya.³⁶

En un sentido estricto, para el psicoanálisis, identificación es el proceso por medio del cual un sujeto asume como propia una imagen de otro; en el momento del estadio del espejo en el que se produce el fenómeno denominado por Lacan: identificación especular, el niño hace suya su imagen en el espejo y es esta la matriz fundamental que explica la conformación del yo, que nos lo muestra como una instancia esencialmente virtual. "Ese soy yo", el del espejo, el otro que está enfrente, se dirá el niño. Este es el fundamento básico de la afirmación derivada del psicoanálisis en términos de que toda identidad es virtual. A partir de ese momento se seguirán los procesos identificatorios cuya suma a lo largo de la vida, constituirán ese yo en el que el sujeto (el del inconsciente, distinto del yo) se identifica como creyendo ser lo que es.

La identidad remitiría, en buena medida a esa suma de identificaciones constituyentes del yo. Y en este punto abundaremos un poco sobre un asunto tocado páginas atrás³⁷ referido al nexo entre carácter e identidad y que surgió a partir de comentar los análisis de Bauer sobre el carácter nacional. Sin que sea en este momento una cuestión completamente zanjada de nuestra parte, creemos que el carácter sería una noción de más alcance explicativo que la

³⁵ Freud, S. (1976[1914]), p. 74

³⁶ Lacan, J. (1984[1936]), p. 87.

³⁷ Cf. p. 5 de este escrito.

identidad, incluso que abarcaría a esta última. Nos parece que la identidad se distinguiría como fenómeno más propiamente Imaginario, con componentes Simbólicos y que el carácter podría comprender, aparte de estos dos registros, al de lo Real; es decir, el carácter, a diferencia de la identidad, comprendería ese núcleo duro resultante de la identificación con lo que el sujeto rechaza de sí mismo como siéndole lo más propio. De cualquier forma es una aproximación provisional que trataremos de profundizar en otros momentos más allá del presente artículo.

La presentación de estos componentes de la teoría psicoanalítica ligados estrechamente a la identificación pretende llegar a un aspecto de ésta que asocia indisolublemente al psicoanálisis con lo social, me refiero a la cuestión del Ideal del Yo.

Freud habla de dos momentos del narcisismo: el primario u original y el secundario. En el primero el niño está colocado (por la madre) en el lugar de lo sublime, de lo máximo, como no habiendo cosa más importante que él; este momento es correlativo de un Yo ideal habitado por todas las perfecciones. Es un sitio del que el niño está obligado a descolocarse pues de no hacerlo corre el riesgo de la psicosis; se trata de una posición libidinal, nos dice Freud, que con todo el dolor que le signifique, el niño tiene que abandonar y la deja (en la mayoría de los casos) para pasar al segundo momento llamado por el iniciador del psicoanálisis: narcisismo secundario.

Lo que nos interesa destacar de este proceso es el planteamiento de Freud en el sentido de que el sujeto no se resigna del todo a dejar una posición libidinal en la que ha estado y particularmente una como la del narcisismo primario, así que como sustituto de ese Yo ideal originario, el sujeto erigirá en su interior una instancia denominada Ideal del Yo, que de ahí en más se constituirá en guía y punto de referencia de sus acciones y respecto al cual compara permanentemente su Yo real, constituído durante el narcisismo secundario.

Esta instancia psíquica -punto al que queremos llegar- es la argamaza de las identidades colectivas. Una identidad colectiva supone, para el psicoanálisis, que todos los sujetos integrantes de la colectividad hayan colocado en el lugar de su Ideal del Yo al mismo objeto. Es este el mecanismo que explica el enamoramiento, la hipnosis y la psicología de las masas y que explica los fundamentos de la sumisión y de la obediencia.³⁸

³⁸ Freud, S. (1976[1920]), pp. 105-110

Los diferentes autores sobre el nacionalismo que conciben a éste como un fenómeno dependiente de la era industrial coinciden en que el medio de conformación de una identidad nacional se produce a través de uno o varios mitos constitutivos de la nación que ofrecen a los individuos ideales con los cuales identificarse para ser reconocidos como integrantes de la colectividad, lo que los diferenciará de otros y coinciden también, estos diferentes autores, en que el medio principal de transmisión de estos modelos identificatorios es la educación escolarizada. Si bien instituciones como la familia y la religión han sido y siguen siendo canales de constitución de identidades, son, cada vez más, desplazadas por la educación escolar estandarizada del mundo moderno, la cual a su vez, podríamos agregar, entra en competencia actualmente con los medios masivos de comunicación.

¿Qué es lo que transmite la educación? Fundamentalmente ideales a los que identificarse, rutas que los sujetos deben seguir para alcanzar el reconocimiento, motor fundamental del deseo humano. Evidentemente se transmiten conocimientos y habilidades pero en el contexto de una forma o modelo en que deben ser utilizados. Nos parece que con esta argumentación, que ciertamente puede precisarse y profundizarse aún más, se fundamenta el aserto que hiciéramos párrafos atrás en el sentido de que el psicoanálisis puede constituirse en una herramienta, para esclarecer el proceso de conformación de identidades, proceso que va acompañado inevitablemente de la parte segregativa, de constitución de un otro respecto al cual diferenciarse para posibilitar la identificación con los iguales y que encarrila el fenómeno de la identidad hacia sus aspectos deplorables de odio y rechazo al diferente, tal como sería el patético caso del racismo.

Y precisamente esta potencialidad del psicoanálisis para terciar en el debate de la identidad y con esto en el del nacionalismo, nos permite retomar lo que dejáramos planteado en términos de una paradoja y que quizás estrictamente no lo sea remitiendo, más bien, a otras razones el hecho de que el psicoanálisis haya participado, decíamos, tímidamente³⁹ en la discusión sobre el nacionalismo e incluso, por las mismas razones, en la investigación de la región y el regionalismo.

³⁹ Cf. p. 2 de este escrito.

Justamente la referencia a la segregación como acompañante inseparable de la identidad, nos permitirá retomar la segunda vía que señalábamos como de posible tránsito del psicoanálisis en esto de la identidad y el nacionalismo: la de la posición crítica a toda identidad. Aunque en ese entreveramiento de las dos vías que anunciamos se hayan planteado ya algunos puntos de este camino, insistiremos con algunos de ellos, ya avizorando el final de nuestro texto.

Freud se refiere a la actitud que asumimos ante el extranjero como expresión del narcisismo de las pequeñas diferencias. A través del otro me amo a mí mismo, amo al otro pues lo he colocado en el lugar de mi Ideal, son estas dos manifestaciones fundamentales del enamoramiento. Por esta razón el otro tiene que ser similar, parecido a mí para que sea amable; el diferente, más que mi amor, suscita mi odio. En otros términos, el impulso inconsciente a identificarse con otros lleva a una necesidad de unificarse con lo culturalmente visto como deseable, para discriminar a su negativo. La búsqueda de un rasgo en el que fundar una identificación se apoya necesariamente en la exclusión de otros que no lo tienen. Sin al menos uno excluido, la identificación no se puede sostener. Se trata de que otros queden fuera para que no sea yo mismo el excluido, de ahí que la identificación tenga siempre una contrapartida de segregación.

En relación con esto, M. Puig plantea los siguientes asertos con los que coincidimos ampliamente: "La estructura de la identificación explica la tenacidad, la sutileza, el carácter insidioso, de los fenómenos de segregación. Cualquiera que maneje una materia tan delicada como la "identidad", debería tenerlo en cuenta"⁴⁰; asimismo: "Cuando se precipita una identificación alrededor de un rasgo, siempre hay un excluido que soporta secretamente la operación".⁴¹

Al mismo tiempo, hemos de reconocer que en el hecho de identificarme con otro, en el sentido de hacer mía su imagen, hay ya desde este momento, contenida una tensión agresiva entre yo y el otro, precisamente a partir de que yo es otro, es decir, de que estoy alienado en el otro. Esto es, la identidad muestra tal fragilidad que aún en el grupo al que pertenezco, los iguales a mí, en la identidad colectiva de que soy partícipe, hay una tensión fundamental.

⁴⁰Puig, M. (1998), Identidad/identificación en Freud y en Lacan en *El revers*, vol. 1, Barcelona, p. 3.

⁴¹Puig, M. (1998), p.4.

Este carácter ficticio de la identidad ha llevado a cuestionamiento serios, en el interior del psicoanálisis, alrededor de esta noción. Desde una posición crítica del psicoanálisis, que no es por cierto uniforme en el campo, se considera que la identidad cierra a lo renovador, a lo cambiante, se cuestiona la fantasía de una nación con una "identidad" como concepto sistematizador, se considera un lastre y se anhela no someterse a una identidad, para "seguir siendo eterna aprendiz de mi propia genealogía y futurización".⁴² Desde esta postura se soporta la crítica a cualquier intención de fundar la identidad como algo sustancial a partir de algunos factores que, ciertamente, forman parte de su constitución como serían la raza o la lengua o inclusive, una que tiene mayor trascendencia que las dos anteriores, la historia, la continuidad histórica.

Como señalaba líneas atrás esta posición de rechazo radical a toda identidad no recubre las posiciones psicoanalíticas al respecto, como lo muestra la posición sostenida por la filósofa Jane Carter, cercana al psicoanálisis, en su artículo: "Identidad: esencia o ficción",⁴³ Esta autora nos presenta una posición psicoanalítica sobre la identidad, con la cual coincidimos en lo esencial y con cuya exposición concluiremos nuestro trabajo.

Carter parte del reconocimiento de la identidad como una preocupación de nuestra época en relación a diferentes fenómenos colectivos, entre los que aparece el nacionalismo. Considera que el fenómeno de la identidad se coloca en el punto de encuentro entre lo individual y lo colectivo y que la tendencia a la identidad está empujada por dos formas de falta: a).- algo me falta y lo busco en la identidad y b).- otro me ha quitado algo o no me lo reconoce y trato de reivindicarme por medio de la identidad. Frente a esto hay dos grandes vías para abordar el problema, vías que delimitan dos posiciones fundamentales ante el asunto de la identidad.

O el recurso a teorías ya sea psicológicas o antropológicas a fin de determinar un núcleo estable adecuado a una identidad verdadera, sin falta, o, la vía opuesta, consistente en indicar que la identidad es, por naturaleza, necesariamente carencial y que, "...por eso mismo

⁴² Hajer, D. (2002), Identidad transcultural ¿Identidades? en <http://www.psico.edu.uy/academic/ideopsicoa.htm>, p. 4

⁴³ Carter, J. (1998) Identidad: esencia o ficción, en *El reverso*, vol. 1: 1-5, Barcelona.

hay un esfuerzo, tanto en lo individual como en lo colectivo, para tapar su falta".⁴⁴ Estas dos alternativas pueden plantearse, también, en términos de dos preguntas aparentemente irreconciliables: 1).- ¿Existe un núcleo sólido de la identidad?; 2).- El núcleo de la identidad, ¿Está vacío?.

A partir de la respuesta a estas preguntas se delinean dos posiciones que en términos generales, prevalecen en el terreno de la discusión sobre este tópico y que ya en alguna parte de este texto hemos localizado nombrándolas (con toda la provisionalidad que suponen los nombres identificatorios) como esencialista y constructivista. La primera que ha derivado de un esencialismo religioso o espiritual a su forma moderna como esencialismo biologista, es difícilmente resistente a la argumentación, la segunda conduce a un relativismo sospechoso que supone la idea de una identidad exclusivamente ficcional y que los sujetos o las colectividades pueden sustituir como si se tratara de un cambiarse de traje.

Sin suscribir una posición esencialista y aceptando que la identidad tiene de manera principal una estructura ficticia, desde el psicoanálisis constatamos la presencia de algo que, sin constituir una esencia inmodificable, se repite y seguramente nunca se podrá modificar del todo, con lo que podría pensarse en una salida ante la alternativa, ciertamente simplista que supone las dos posiciones mencionadas.

En efecto Freud, aunque reconoce plenamente el papel del azar y por lo tanto de la contingencia de los sucesos, mantiene a lo largo de su obra una preocupación constante por lo real como distinto de la ficción, de las ficciones que el individuo construye para dar sentido a su vida. Y vincula este elemento real con lo inmodificable, lo que insiste, lo que se repite "ciegamente" y no se deja reducir por los cambios producidos en el plano del sentido. Se trata ni más ni menos de la cuestión de la repetición: la insistencia de determinados rasgos que actúan precisamente, a pesar o a través de la intervención del azar de la existencia. Freud se ocupa de este problema y le da el nombre de Compulsión a la repetición.⁴⁵ Hay que subrayar su insistencia en la conjunción enigmática entre el más puro azar y el retorno, siempre

⁴⁴ Carter, J. (1998), p. 1

⁴⁵ Freud, S. (1976[1919]), Más allá del principio del placer, en *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, t. XVIII, pp. 7-62

disimulado, a veces siniestro, de ciertas constancias, en lo que a veces da la impresión de un destino inexorable.

El planteamiento de esta sensación o intuición acerca de este “destino inexorable” en los individuos o en los grupos nacionales o no, nos remite, ya para concluir, con la formulación de Otto Bauer de la nación como “comunidad de destino”. De acuerdo a lo que hemos expuesto, consideramos que esta noción sigue teniendo vigencia en el debate contemporáneo sobre el nacionalismo y que no debiera ser desechada por las aproximaciones que hacen énfasis en el carácter ficticio de la identidad y por lo tanto del nacionalismo.

En el contexto de la variabilidad contingente determinada por el azar en la construcción de los mitos que alimentan ficciones identitarias de los grupos nacionales, hay algo duro, consistente, que se repite, que hace pensar en un destino y que estaría determinado nada menos que por la historia.

Bibliografía

- Assouns, P.L. (1981), Introducción a la epistemología freudiana, Madrid, Ed. Paidós.
- Bauer, O. (1963), La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia, México, Siglo XXI ed.
- Carter, J. (1998), Identidad: esencia o ficción, en *El reverso*, vol. 1: 1-5. Barcelona.
- Chiaramonte, J.C. (1983), La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino. Algunos problemas de interpretación. en Palacios, M. *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México. Ed. Col-Mex.
- Freud, S. (1976 [1912]), Totem y Tabú en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1976 [1914]), Introducción del narcisismo en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1976 [1919]), Más allá del principio del placer en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1976 [1920]), Psicología de las masas y análisis del yo en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Gellner, E. (1991), Naciones y nacionalismo, México, Ed. Patria.
- Gerber, D. (2005) El psicoanálisis en el malestar en la cultura, Buenos Aires, Ed. Lazos
- González, J. (1989), Premisas socioculturales y políticas en la conformación y evolución histórica de las regiones tradicionales de América Latina, en *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, t.10.
- Habermas, J. (1993), Conciencia histórica e identidad post-tradicional en *Identidades nacionales y postnacionales*, México, Ed. Tecnos.
- Hajer, D.(2002),Identidad transcultural ¿Identidades? en <http://www.psico.edu.uy/academic/ideopsicoa.htm>.

Lacan, J. (1984 [1936]) El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se revela en la experiencia psicoanalítica, en *Escritos I*, México, Siglo XXI ed.

Lisocka, J. (1989), Aspectos de la identidad regional. El caso del Oriente cubano, en en *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, t.10.

Morales, H. (1992), Lo social en Lacan, en *Anamorfosis*, México, Ed. de la Noche,

Morin, E. (1993), El Estado-Nación, en Delanoi, G – Taguieff, P. A. (Comp.) *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ed. Paidós.

Puig, M. (1998), Identidad/identificación en Freud y en Lacan en *El reverso*, vol. I. Barcelona.

Renaut, A. (1993), Lógicas de la nación, en Delanoi, G – Taguieff, P. A. (Comp.) *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ed. Paidós.

Zavaleta, R. (1983), Notas sobre la cuestión nacional en Bolivia, en Palacios, M. (Comp.) *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*. México, Ed. Col-Mex.

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro.
Xalapa, Veracruz, México.
Telfax (012288) 12 47 19
E-mail: iihs@uv.mx